

# EL INFORME ZAHAROF

**LOS SOVIETICOS: "¿Dónde están nuestros aviones?"**  
**NASSER: "Investigadlo vosotros mismos".**

NASSER está cansado. Bajo el sol de cuarenta y cinco grados, las canas de las sienes se le destacan más que nunca. Podgorny, jefe del Estado soviético, baja la pasarela del avión que le trae desde Moscú. Nasser se inclina: «Bien venido...». Una acogida bastante fría, parece como si estuviese molesto. Y luego la sorpresa: Podgorny («Gorny» para la multitud que le aclamaba) toma calurosamente entre sus manos, las dos manos del Rais. Las estrecha cordialmente mientras pronuncia vibrantes palabras de amistad: «Estamos de todo corazón con vosotros... Os deseamos una larga vida». Nasser se tranquiliza. No se esperaba tanto cuando, unos días antes, preguntó tímidamente a Podgorny, embajador soviético en El Cairo, «si no pensaba venir a verlos nadie de Moscú». El diplomático le había contestado prudentemente: «Aún no se sabe quién. El Comité Central debe decidirlo próximamente». Y fue Podgorny quien llegó.

## la balanza

Sin embargo, el comienzo resultó difícil. Ya en el aeropuerto, el jefe del Estado soviético marcó el tono de las conversaciones: «Hablemos con toda franqueza, con las cartas sobre la mesa y derechos a lo esencial. Disponemos de poco tiempo y estamos aquí para hablar de negocios». De hecho, la primera sesión resultará desabrida, ya que estará dedicada enteramente a la exposición de los agravios recíprocos. Los egipcios reprochan a los soviéticos el haberlos impedido atacar primero, y luego haberlos abandonado en el momento crítico. Esta defección soviética ha consternado a todo el país. En una palabra, fue una píldora muy difícil de tragar, si es que por fin se la han tragado, puesto que, si las cóleras de Egipto duran poco, sus resentimientos, por el contrario, son profundos. Podgorny y su equipo, impaciente, hacen, por su parte, un penoso balance. ¿Qué queda de los 1.200 carros, de los 1.500 vehículos blindados y, sobre todo, de los 500 aviones (de los «Mig» 21 y 23 y de los excelentes «Sukkoï») que Rusia entregó al ejército egipcio? Casi dos mil millones de dólares disipados como humo. También en la Unión Soviética la gente se cansa de pagar. Y eso sin contar lo que

ha costado esta guerra relámpago. El equivalente de siete cosechas de algodón, según los cálculos soviéticos. ¿Quién es el responsable de este desastre? Ante todo, los egipcios. Porque, a fin de cuentas, no avisaron a nadie acerca de su decisión de bloquear Akaba.

Sin embargo, soviéticos y egipcios admiten que están condenados a entenderse, ya que la aplastante victoria de Israel acaba de modificar, en perjuicio de los soviéticos, lo que aún se llama «equilibrio medio-oriental».

## tres ayudas

Pero antes de nada, una observación: sea cual fuera la importancia de los acuerdos que acaban de firmarse, tanto los egipcios como los soviéticos niegan que se trate de un nuevo tipo de relaciones. «Nada ha cambiado en nuestras relaciones con los soviéticos», me dice Ismail Sabri Abdallah, uno de los fieles de Nasser. «El que la ayuda soviética a nuestro país registre un aumento considerable no significa, ni mucho menos, que vayamos a convertirnos en un satélite

suyo. No lo consentiríamos. No hay que olvidar que fue por someter su ayuda a una serie de condicionamientos políticos por lo que los Estados Unidos perdieron la amistad de Nasser. Por otra parte, no le interesa a Moscú. ¿Qué prestigio tendría Nasser en el mundo árabe si Egipto se convirtiese en una nueva Polonia o Bulgaria?».

Al día siguiente, el director de la fábrica siderúrgica de Heloula me vino a decir poco más o menos lo mismo: «Hemos practicado aquí, de 1958 a 1967, tres formas de ayuda técnica extranjera: alemana, luego americana, los seis primeros años, y posteriormente soviética. Yo juzgo como técnico que soy y no como político: la ayuda soviética es ciertamente para nosotros más eficaz, más flexible, se adapta mucho mejor y cuesta mucho menos. Nuestros expertos americanos, contratados individualmente, un poco al azar, cobraban de 6.000 a 7.000 libras egipcias anualmente (mi propio salario es de 2.000, también por año). Los americanos nos daban a menudo buenos consejos y redactaban informes voluminosos, y poco útiles muchas veces. Los soviéticos tienen un sistema com-

pletamente distinto. Nos envían primero a un jefe de misión que, durante unos meses, determina con nosotros la naturaleza y magnitud de nuestras necesidades y después, ese mismo técnico, recluta en la Unión Soviética a los técnicos que nos hacen falta. Estos, tan competentes como pueden ser los americanos, resultan más eficaces. Porque no se contentan con redactar informes, sino que enseñan como es debido a nuestro personal, manchándose las manos si es necesario. Los salarios más elevados que cobran los rusos no superan las 160 libras mensuales, es decir, que son ligeramente superiores a los salarios egipcios. Una rotación rápida del personal nos asegura una renovación constante».

## deudas

Los soviéticos ven, sin excesiva alegría, cómo aumentan sus responsabilidades y sus riesgos. «No somos los perros guardianes del tercer mundo», se oía decir en El Cairo. No podemos estar en todas partes al mismo tiempo. Pero, en el caso de Egipto, es necesaria la urgencia, y los soviéticos lo sa-



El mariscal Zaharof ha viajado a El Cairo para investigar acerca de la utilización del material soviético que posee Egipto. En la foto, Zaharof (cuarto por la izquierda) junto a Nasser, y Mohamed Fawzi, comandante en jefe del Ejército egipcio.



Mientras Kosygin acudía a la Asamblea General de las Naciones Unidas, Nikolay Podgorny, Presidente de la U. R. S. S., se entrevistaba en El Cairo con Nasser.

ben mejor que nadie. Van a aumentar considerablemente su ayuda económica que, hasta ahora, era de mil millones y medio de dólares por año, en lo que al programa industrial se refiere, más mil millones de dólares para la agricultura. Ya se han realizado los primeros envíos de trigo y maíz. Moscú acepta los pagos diferidos egipcios, ya se trate del reembolso de los primeros créditos utilizados para la construcción de la presa de Assuán, que vencen este mismo año, o del reembolso de otras deudas. En cuanto al coste del material militar que les está siendo enviado, ni siquiera se ha mencionado. «Todo eso lo trataremos más tarde», dijo Podgorny en una de las sesiones. Y es que eso no es lo esencial para los rusos. Moscú está dispuesta a pagar lo que sea con tal de salvar a Egipto. Ahora bien, hace falta que este dinero no se desperdicie. Es imprescindible que Egipto se ayude a sí mismo. Son estas las conclusiones del Informe Zaharof, uno de los documentos clave en las relaciones egipcio-soviéticas.

El viernes, 16 de junio, varios grupos de turistas rusos llegaron al aeropuerto de El Cairo. Entre los turistas se encontraba, de incógnito, un gigante rubio de ojos azules, que ocultaba su calva con una eterna boina vasca. Era Zaharof, jefe del Estado Mayor soviético, a quien se le había encargado preparar la llegada de Podgorny. Venía a hacer una pregunta a Nasser; una sola pregunta: «¿Dónde están nuestros aviones? ¿Qué han hecho con ellos vuestros militares?». Nasser le responde colérico: «Haga una investigación dentro del ejército. Tengo confianza en usted. Le doy carta blanca».

### los "grandes y gordos"

En el Estado Mayor egipcio, Zaharof obtiene respuestas a veces sorprendentes: «¿Por qué no habéis utilizado las pistas de vuelo de segundo orden?», pregunta a un oficial de aviación. «Porque los israelitas hubiesen disparado contra ellas», responde éste.

La primera conclusión de Zaharof, que éste expone crudamente a Nasser, es muy militar: «Barredme a todos esos». Y en menos de una semana todo

el alto mando egipcio (aproximadamente seiscientos oficiales de alta graduación, entre los que hay unos cien generales) es destituido, encarcelado, o llevado ante los tribunales militares.

Las acusaciones formuladas van desde incompetencia criminal a traición colectiva. Zaharof no se anda con rodeos. Le explica al Rais: «Vuestros militares son incompetentes porque diez años de privilegios, de prebendas, de buena vida, han hecho de todos ellos unos grandes burgueses perezosos». En un lenguaje figurado, los denomina «los grandes y gordos».

De hecho, había que verlos los viernes, en los jardines de los clubs más elegantes de El Cairo, tendidos en hamacas y luciendo en el pecho toda su chatarra. Sí, han cambiado mucho los jóvenes lobos rebeldes de otrora. Han engordado demasiado. Lo que falta en Egipto son oficiales dinámicos, capaces de defender a un régimen, en el que verdaderamente crean. Para eso, hay que transformar el ejército y el régimen. Hay que utilizar oficiales jóvenes (con excepción de los coroneles, son todos aceptables), es decir, todos aquellos que no han sido mimados en la dirección de empresas y sociedades del Estado. Hay que «repolitizarlos», con la ayuda discreta, si es que resulta necesario, de los técnicos militares soviéticos.

Hasta aquí el Informe Zaharof. Pero, si seguimos su desarrollo lógico, tenemos que Podgorny le plantea a Nasser una cuestión esencial: La decisión a tomar, tanto en política interior como en política exterior. Para los soviéticos una cosa está clara. No basta con acusar a la burguesía militar ante los tribunales militares. Hay que depurar la alta administración y al mismo tiempo, reestructurar el régimen sobre sus bases más jóvenes y auténticamente populares.

### los slogans

Nasser ha guardado silencio hasta ahora. Sensible a la opinión, presta oído a todas las críticas que le hacen, que son muchas y casi todas amargas y pesimistas. «Esta catástrofe nos ha enseñado por lo menos que no somos un país moderno», me dice Ibrahim

(Sigue en la pág. 59)



Para un Sol de Oro...

PLEIN VENT

Crema bronceadora  
y protectora  
especial para el rostro

GUERLAIN

para el cuerpo:

FLUIDE SOLAIRE  
y  
HUILE pour BRUNIR

Sahad Eddine, uno de los dirigentes más escuchados de la Unión Socialista Árabe. «El golpe ha sido terrible».

En el semanario «El Mousawa», Ahmed Baña Eddine, autorizado editoralista, afirma que «la primera carta

que podemos jugar es el frente interior; para reconstruirlo, no debemos ocultar ninguna verdad, sea cual fuera. Sólo con la verdad, por amarga que sea, se educa la opinión pública».

JOSETTE ALIA

## Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

es la entrega a su fundador, al gran personaje Jesús, y a lo que él y su actitud con el mundo supone. Eso, y no un papanatismo intelectual, es la fe. Así lo ha demostrado el teólogo y escritorista R. Schnackenburg.

Hoy —por otro lado— el milagro —el argumento tradicional en pro de la religión— tiene poca efectividad. Ya no sirve como en siglos que había una profunda fe. Y nos empeñamos, sin embargo, en proponerlo a la faz de la gente, que se mueve en medio de la incredulidad, como medio adecuado para acercarse a la religión, y el resultado es la irrisión de los no creyentes.

¿Por qué? Porque hemos olvidado que «la fe debe preceder al milagro», como dice el escritorista católico K. Lammers. En los Evangelios, igual que en la era apostólica, siempre se procedía así: nunca se pensó que el prodigio pudiera convertir por sí mismo al que no posee ninguna fe.

Ante un prodigio —se pregunta el creyente del siglo XX—, ¿qué es lo que puede decir el científico? Como hombre de ciencia no puede decir nada más que: «No entiendo nada». Y, si es riguroso con su método científico, con él —con ese método— no puede ir más allá. «La ciencia no puede pronunciarse sobre el carácter milagroso de un hecho», dice otro teólogo belga, el padre Louis Monden.

«Si existe un milagro, sólo es dentro de una situación religiosa», continúa diciendo este teólogo. El milagro es sólo un signo, y «la certeza de los signos, no puede disipar las sombras de la fe».

Hace cincuenta años lo había dicho el padre Rousselot, S. J., combatido inmediatamente por algunos seguidores empedernidos de Santo Tomás. Este excelente pensador afirmó que «los ojos para ver que la revelación cristiana es creíble, son los ojos de la fe».

Por eso, el único milagro eficaz hoy es el *milagro moral*. Si yo veo, como veían los paganos del siglo I, que los cristianos son humanamente eficaces, que su fe tiene una proyección social, entonces *creeré* en el cristianismo, porque será ese signo un prodigio de «desalienación» personal y social. En cambio, si presento muchos prodigios físicos —la sangre licuada de San Genaro, el sol danzante de Fátima, las lágrimas en los ojos de barro de una Virgen— nada conseguiré de los hombres de hoy. Lo más que haré —con este equivocado planteamiento— será canalizar esa credulidad difusa de los crédulos, que no son verdaderos creyentes en el amor del Evangelio. Por eso, estos crédulos, necesitan de una maravilla que, por arte casi mágico, resuelva los problemas de la angustia humana.

En vez de buscar la lucha por la justicia, luchan por una primera fila en el espectáculo de Lourdes o Fátima, cuando no en manifestaciones religiosas rechazables como la de las niñas de Garabandal.

Esa confusa sed de credulidad alienante es la que fomentan todas las milagrerías. Porque se prefiere, equivocadamente, la confesión de una simuladora, convicta y confesa, como la niña del pueblo de Santander antes citado, que el mensaje de amor que nos enseña el Evangelio, y que hoy tiene implicaciones sociales que no son fáciles de cumplir para nuestro egoísmo.

A los católicos, muchas veces, nos es más fácil refugiarnos en la ilusión, que en la dura realidad que debemos transformar para conseguir más justicia en el mundo. Con lo cual toda nuestra defensa teórica de la religión fracasa.

Esas son las razones por las que hoy debemos preferir, en la apologética que debemos construir, el milagro moral al milagro físico, la proyección social del mensaje evangélico a la evasión pretendidamente espiritual a las nubes celestiales.

La única apologética hoy válida es la de la sinceridad. «Jesús promete su luz a todo aquel que busca la verdad para conformar a ella su vida» (Monseñor Straubinger). Así resulta que «la apologética por excelencia es la del Evangelio mismo» (idem). La verdad es luminosa por sí misma; pero sólo lo es para el que la practica en su vida moral, sobre todo cuando se proyecta en la sociedad de su tiempo, haciéndola más justa.

Y éste es el milagro que exige hoy el ateísmo a los cristianos.

# LA BOMBA "A" DE ISRAEL

TODO el mundo se hizo la misma pregunta durante la crisis. Ocho días después de terminados los combates, cierto periódico inglés creyó tener la respuesta: «Sí, los israelitas tienen la bomba atómica. E incluso disponen de los aviones necesarios —"Mirage IV", franceses— para poder lanzarla sobre El Cairo o sobre Damasco». Inmediato mentís francés. «Nunca hemos suministrado a Israel aviones del tipo "Mirage IV". Mentís israelita: «No solamente no tenemos la bomba, sino que nunca hemos llevado a cabo ningún programa de investigaciones atómicas en el campo militar».

De hecho, si los israelitas aún no disponen de la bomba atómica, lo cierto es que podrán fabricarla el día que quieran. La puesta a punto de un arma atómica de poca potencia, no plantea problemas teóricos o técnicos tan difíciles que no puedan resolverlos un buen equipo de físicos. Ya no existe el «secreto de la bomba "A"», y los que aún no conocen la fórmula pueden encontrarla en muchas publicaciones científicas. Un centro de investigaciones bien equipado, un grupo de físicos y químicos competentes, algunos matemáticos para calcular la «configuración» del ingenio, una pequeña industria de armamento moderno y bastantes créditos, es todo lo que hace falta para fabricar unas cuantas bombas nucleares.

El problema fundamental sigue siendo el del abastecimiento de combustible nuclear. Hay dos caminos: el del uranio 235 o el del plutonio.

El «U-235» es uno de los materiales más caros del mundo. Hay que aislarlo del «U-238» (que constituye la casi totalidad del uranio natural) en plantas de separación isotópica extremadamente costosas, como la de Pierrelatte. Y los países productores de «U-235» son reacios a su venta. Es por eso por lo que Francia, no pudiendo hacerse con «U-235», tuvo que emplear el plutonio para fabricar sus bombas «A».

El plutonio es un subproducto de la fisión del uranio natural en reactores atómicos. Es, pues, mucho más fácil de obtener y, al mismo tiempo, menos costoso. La principal dificultad consiste en extraer el plutonio del uranio, en cuyo seno se ha formado, lo que hace necesaria una planta de tra-

tamiento como la que el Comisariado Francés de Energía Atómica acaba de terminar en el cabo del Hague.

Una bomba de plutonio necesita, según cual sea su configuración, de cinco a siete kilos de combustible. Repartido en dos masas dentro de una especie de cascarón metálico, el plutonio explota de manera espontánea cuando las dos mitades de la carga se unen por la acción de explosivos clásicos.

En el dominio de la investigación atómica pacífica, Israel ha progresado mucho. Sin posibilidades de obtener petróleo árabe, sin agua dulce para el regadío y sin carbón, los israelitas empezaron a interesarse por la energía nuclear nada más constituirse su Estado. Sus equipos de investigadores e ingenieros, de talla internacional, han puesto a punto, y vendido a Francia, un nuevo procedimiento de fabricación de agua pesada y un método de extracción de uranio a partir de los fosfatos del mar Muerto. Esta producción se completa con compras importantes, aunque muy discretas, en países como África del Sur.

En 1950, Francia empezó a colaborar estrechamente con los israelitas en el dominio de la investigación civil. En 1953, los Estados Unidos hicieron posible la construcción en Nahal-Soreq del primer reactor de investigación israelí, suministrando al Estado judío las trece libras de «U-235» necesarias para su funcionamiento. Años más tarde, el Gobierno francés autorizaba la exportación a Israel de un nuevo reactor que se instaló al Sur de Beersheba, en Dimona. Con una potencia de 34 megavatios, dicho reactor empezó a funcionar a finales de 1964. Utilizado para fines experimentales y para la producción de radio-isótopos, ha hecho posible la edificación en el Negev de un importante centro de investigación nuclear. Han circulado rumores en torno a la existencia de un tercer reactor israelí, pero no han podido hasta ahora ser confirmados.

Si quisiesen asegurarse una total independencia atómica, los israelitas tendrían que construir su propia planta de tratamiento de combustible irradiado. Pero su coste sería excesivo para este pequeño país.

MARC GILBERT  
Fotos EUROPA PRESS